



COMO UNA NOVIA RECIÉN ESTRENADA

Una religiosa misionera en Japón, de 71 años, escribió al P. Martín Descalzo para ofrecerle uno de sus riñones. Como es sabido el gran escritor religioso moriría de insuficiencia renal. Según ella: «no entiende de enfermedades ni de trasplantes, pero sí entiende un poco de amor», y sabe que lo que damos «se multiplica por millones de millones». Así que, nada, «pregunte usted al médico, y si le dice que sí, me avisa inmediatamente para preparar el viaje y allá voy al momento». Martín Descalzo le respondía;

"Voy a contestar a esta monja que en su carta me ha dado ya su corazón, que por lo que veo es aún más joven que sus riñones. ¡Porque toda su carta chorrea tanta alegría juvenil!

En mis artículos he dicho ya más de una vez que en este mundo sólo hay una cosa más hermosa que la cara de un niño: la de un anciano o una anciana que sonrío. Porque un viejo que ha mantenido la alegría es como un niño multiplicado y no hay nada de tan alto calibre como un amor de setenta años.

El de esta monja que me escribe es asombroso. «En cincuenta y dos años que llevo de religiosa -me dice- nunca me ha desilusionado Jesucristo», y por eso se levanta «cada mañana con una nueva juventud, con un nuevo entusiasmo de trabajar por él y hacer que le conozcan y le quieran; con una nueva alegría, con una nueva ilusión, como una novia recién estrenada.

Pero ¿es que se puede llegar a los setenta años «como una novia recién estrenada»? Sí, cuando se ha descubierto, como esta religiosa, que «la verdadera felicidad está en hacer felices a los demás.»

Pero el gozo está precisamente en los demás. El ayudar -aún ahora, jubilada- a «las distintas pobrezas de la sociedad: solteras solitarias sin cariño, viejitos y viejitas de hospitales en un estado lamentable y los pobres de los pobres: los encarcelados». Y quererles sabiendo que «si Jesucristo es mi vivir, mi hermano tiene que ser mi vivir, y que si Jesucristo es antes que yo, mi hermano tiene que ser antes que yo. Y decirle a Dios: "Te quiero con locura, y no tengo más que a mi hermano para hacerte feliz a ti."»

Esta religiosa no lo sospecha, pero -con su gozo, con la luz de sus palabras- su carta me ha traído un verdadero trasplante de corazón. ¡Ah, si todos viviéramos como novios recién estrenados!

ESPOSA Y MADRE

Me gustaría, queridos amigos, que esta reflexión les ayudase a ustedes a entender bien algo que es fundamental para descubrir qué es lo que la Iglesia entiende por santidad. Y es que la Iglesia no pide a quienes ha de beatificar que hagan cosas extraordinarias, sino que hagan extraordinariamente bien las cosas ordinarias. No les pide que hagan milagros en vida, sino simplemente que vivan heroicamente la caridad.

Y espero que les ayude a entender esto, porque el personaje al que me refiero es una mujer que hizo más o menos lo mismo que la mayoría de las mujeres de nuestros pueblos hacen o deben hacer a diario. Fue una buena esposa, una buena madre, una buena trabajadora, una buena feligresa de parroquia, una buena viuda, una buena enferma, una buena amiga de todos los que la rodearon. Y ahí se acaba su historia.

Y, sin embargo, dejó tras de sí un reguero de olor a santidad que aún hoy no se ha extinguido.

¿Por qué? Intentaré explicarlo. Yo quisiera sólo subrayar un dato. Práxedes Fernández, pues de ella se trata, vivió tiempos muy difíciles para nuestra Iglesia. Tiempos en los que muchas mujeres se limitaron a lamentar lo que ocurría, a clamar al cielo para que la gran tormenta de la guerra civil española pasase cuanto antes. Pero Práxedes no se limitó a lamentarse. ¿Qué hizo? Hizo lo que pudo, lo poco que pudo. Por de pronto, vivir intensamente la doble caridad a Dios y a los hombres. Su caridad a Dios le llevó a una seria vida de oración. Una oración profunda que iba mucho más allá que un simple masticar plegarias. Y su caridad a los hombres le llevó a entregarse íntegramente a ayudar a los pobres, a los enfermos, incluso a los infieles con riesgo de su vida. Y todo ello, unido al más escrupuloso cumplimiento de sus deberes de madre y de esposa.

En rigor, eso fue todo. Porque... eso, esas pocas cosas bien hechas, son más que suficientes para conducir a la santidad. Que no consiste, como ya les dije al principio, en hacer cosas extraordinarias, sino en hacer extraordinariamente bien las cosas ordinarias.

José Luis Martín Descalzo

Fíjate cómo cae la nieve, cómo sale el sol, cómo crece la hierba, cómo aparecen en el firmamento la luna y las estrellas, cómo se forma un niño en el seno de su mamá. Las cosas más importantes y bellas de la vida suceden en silencio.

EL REALISMO

La imaginación es estupenda. Pero nunca nos debe impedir ser realistas. Si en lugar de ver las cosas como son nos dejamos llevar por la fantasía... Nos puede ocurrir lo que le paso a la Lechera del famosísimo cuento de Samaniego

LA LECHERA

Llevaba en la cabeza
una lechera el cántaro al mercado
con aquella presteza,
aquel aire sencillo, aquel agrado,
que va diciendo a todo el que lo advierte,
¡yo sí que estoy contenta con mi suerte!

Porque no apetecía
más compañía que su pensamiento,
que alegre le ofrecía
inocentes ideas de contento,
marchaba sola la feliz lechera,
y decía entre sí de esta manera:

Esta leche vendida
en limpio me dará tanto dinero,
y con esta partida
un canasto de huevos comprar quiero,
para sacar cien pollos, que al estío
me rodeen cantando el pío, pío.

Del importe logrado
de tanto pollo, mercaré un cochino;
con bellota, salvado,
berza, castaña engordará sin tino;
tanto que puede ser que yo consiga
ver cómo se le arrastra la barriga.

»Llevaré al mercado;
sacaré de él sin duda buen dinero:
compraré de contado
una robusta vaca y un ternero,
que salte y corra toda la campiña,
hasta el monte cercano a la cabaña.»

Con este pensamiento
enajenada, brinca de manera,
que a su salto violento
el cántaro cayó. ¡Pobre lechera!
¡Qué compasión! Adiós leche, dinero,
huevos, pollos, lechón, vaca y ternero.

¡Oh, loca fantasía!
¡Qué palacios fabricas en el viento!
Modera tu alegría;
no sea que saltando de contento,
al contemplar dichosa tu mudanza,
quiebre su cantarillo la esperanza.

No seas ambiciosa
de mejor, o más próspera fortuna,
que vivirás ansiosa
sin que pueda saciarte cosa alguna.
No anheles impaciente el bien futuro,
mira que ni el presente está seguro.

La voluntad de Dios está en la realidad presente y no en nuestras imaginaciones y fantasías. Por muy fundadas que parezcan no les demos más valor que borradores, pues lo son. Dios en su Providencia, los ratificará, corregirá o... lanzará al cesto de los papeles.

ADAPTARSE

«No es fácil, muchas veces adaptarse porque no hacemos las cosas bien, no damos el tono convincente, no... total: no nos gustamos. ¿Con lo bonito que es gustarse! ¿Con lo guapo que se siente uno cuando se siente guapo! Aceptarse con clarividencia cuesta, pero es una clave importante para la paz.

No es que tengamos que aprobar lo malo que hacemos pero, sin aprobarlo y tratando de vencerlo, no es extraño que salgan cosas inaceptables de nosotros. ¿Qué nos habíamos creído?... No se puede ser sublime sin interrupción»

Agustin Altisent

LA HIJA DEL GENERAL

En su época de comandante, destinado a una guarnición en Tréveris, en Alemania, De Gaulle esperaba con ilusión la llegada del tercer hijo, que resultó ser una niña, Anne. Nació la pequeña el 1 de enero de 1928. Anne padecía el síndrome de Down y con un índice de retraso mental muy grave. A la niña nunca le faltó el cariño de su padre a lo largo de su vida. A diario la sentaba sobre sus piernas y lograba hacerla reír cantándole una y otra vez la misma canción. «Pintar al óleo es más difícil -dice el texto-, pero más bonito que la acuarela». También cuando llegó a ser el presidente del gobierno, al final de la Guerra Mundial, continuó con la misma dedicación a su hija. Según el testimonio de una sobrina del general, éste le contaba cuentos y le cantaba canciones populares, cosa que satisfacía mucho a la niña. Anne murió a los veinte años. Charles de Gaulle confió a Maurice Schumann:

-Era incurable, y por eso aún más querida.

